



Baila Sarah, baila

ORLANDO ARROYAVE ÁLVAREZ



LETRA X LETRA

Arroyave Álvarez, Orlando

Baila Sarah, baila / Orlando Arroyave Álvarez. -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2016.

194 p.; 24 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-360-8

1. Novela colombiana. I. Tít. II. Serie

C863 cd 21 ed.

A779

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Baila Sarah, baila

Primera edición: octubre de 2016

© Orlando Arroyave Álvarez

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 # 7 Sur - 50, Medellín. Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-360-8

Dirección editorial: Claudia Ivonne Giraldo

Diseño y diagramación: Alina Giraldo

Imágenes de carátula y guardas: *Romany Belles* de Laura Knight (1877-1970). Aberdeen Art Gallery & Museums

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional, mediante Resolución 1680 del 16 de marzo de 2010.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

La caravana	11
Jirafa muerta custodiada por dos angelitos	13
Los perfumes de la muerte	16
De insignias y amores (I)	19
De insignias y amores (II)	22
Un artista es un artista	26
El bautizo de Nino	31
El sueño del mar	35
Asesinato e interrogatorio	39
Un pueblo en espera.....	42
Los sueños de mi general	45
Las mujercitas frágiles de mi general.....	47

Beso a usted la mano.....	50
Los bálsamos de Sarah.....	54
“... por este calvario, llenito de cruces”	58
El sueño preludio de la agonía	61
Las furias y su sombra	63
Historia de guerreros con payaso	65
El palurdo da órdenes al caballero.....	68
El único hogar es el cementerio	70
Las confidencias biográficas del padre Sarmiento.....	72
Sarah, niña, Sarah	75
La infancia de Sara.....	77
Un moro entre montañas.....	80
Los héroes van a la gloria y los demás al aire o a las panzas	82
El pueblo es un cementerio	84
Adiós, adiós mi circo.....	86
Al alma la llama la batalla	88
Un amor senil	90
Leopoldo, alcalde.....	92

Las lecciones a Sara.....	95
El señor y el gusano	97
Un gusano en el paraíso	101
La muerte de la Arcadia.....	104
El fin del mundo.....	91
Una flamenca por estas tierras.....	109
Una pequeña estrella en casa de las Álvarez.....	114
Sara danza.....	118
Las desgracias del circo.....	123
La guerra con traje de fiesta	126
La muerte de la Petite y el nacimiento de la Gran Sarah.....	129
Los percances del heroísmo.....	132
El ángel comerrelojes	134
Las vesanias del general Mendieta	136
Las dudas de Leopoldo	139
Un cadáver perlado por el alba.....	143
Dorotea, desgracia y fortuna	146
Los poderes de Leopoldo.....	149

Pronto, la batalla.....	151
La ramera del Estado	153
Los dioses calcinados	156
Un día como todos los días.....	160
La última cena	162
La última fiesta	166
Fusílese y cúmplase.....	169
Los héroes son llamados por su dama, la fortuna.....	172
El misterio del sofá dorado	175
La confesión	177
El bosque en llamas	179
Leopoldo enamorado	181
Sarah sueña	184
La huida y el olor de Santa María de las Flores.....	186
Sarah en el carrusel.....	189

*A mis amigos de la Casa de Asterión en Medellín, y su vecindad
en New York, Bogotá, Boston, Natal, Cádiz, Barcelona y Brest*

A Pedro Almodóvar que, con su arte, alentó a la Sarita que soy

LA CARAVANA

*Una gitana
no es más que un palillo
cantándole a la nada,
mientras va caminando,
la alegre caravana.*

*Hay en el cielo un lucero
que alumbra con luz lozana,
y va alumbrando el sendero
de la sufrida y alegre caravana*

“Pronto llegaremos a Santa María de las Flores, antes de tomar la trocha para Villa Paradiso”, voceó don Ulises desde su megáfono a los otros carromatos y carros de la caravana. El cielo gris, un tanto muerto, acompañó el mensaje sin sobresaltos. El circo seguía su marcha por parajes cada vez más enlodados, que detenían los carros. Sus ocupantes se adormecían en el sofoco del calor húmedo entre las sabanas y las montañas con olor a tiempo lluvioso.

Al partir el circo se disipaba esa alegría súbita que daba a los habitantes del pueblo la presencia de un divertimento ya olvidado en estas tierras. Por muchos años ningún circo había venido a estos parajes, que agonizaban entre líquenes y masacres. Y de pronto, he ahí el Gran Carrusel, que no solo daba funciones gratis, pagadas por el Ministerio de las Artes y las Letras, sino que seguía su marcha hacia el puerto de su misión: Villa Paradiso, un mito, más que una zona concreta. Aunque quién no juraría que tenía parientes residiendo allí.

En una o dos semanas desplegaba el circo su castillo de lona en algún pueblo agónico, de habitantes dicharacheros, que disimulaban su tristeza con una algarabía melancólica. Los soldados y los artistas se permitían con

los habitantes, en esos pocos días de encuentro, algunos escarceos amorosos. Luego, la marcha ponía a cada quien en su sino: la caravana circense, custodiada por dos pelotones, de seis cada uno, uno en la vanguardia, el otro en la retaguardia; la escuadra de artistas del circo, comandada por don Ulises, a sus carromatos y “camerinos”; las gentes de los pueblos a la rutina de sus desgracias, ahora acompañadas de nuevos hijos bastardos dejados por la caravana.

Los carromatos se balanceaban entre el fango y los cuerpos arrojados como piedras de carne por el camino. Los gallinazos ni se disputaban los cadáveres: cada uno tenía bien servido su bocado diario y algunos se reventaban en los caminos, ahítos de una dieta tan surtida y monótona. Los cadáveres, sin desconocer el gran poder alimenticio para los gallinazos, presentaban un inconveniente para la marcha de la caravana: atascaban las ruedas pesadas de los camiones y carromatos del circo. El cadáver y el gallinazo cebado por su presa se hundían delicadamente en el fango, al paso del cortejo circense. El sobresalto continuo dejaba una náusea que se mezclaba con el sofoco, y no dejaba de ser un estorbo para los viajeros de la caravana que esos mullidos cuerpos todavía tuvieran huesos fuertes y sanos.

La marcha era tortuosa. Los carros no avanzaban, pese a que la escuadra de soldados, que precedía la caravana, había recogido previamente algunos cadáveres o cuerpos agónicos, y hacía la caridad de arrojarlos a un lado del camino. Los soldados se entretenían, para sofocar en algo ese mortecino aburrimiento, cazando con el rifle gallinazos y ratas de monte, adormecidos por la hartura.

Sergio, soldado y fotógrafo oficial de la caravana, tomó una foto: varios caballos con sus jinetes pudriéndose junto al camino. Don Ulises proclamó desde el megáfono que se trataba de los jinetes del Apocalipsis. *¡À la vie, à la mort!*

“Dios y sus fechorías”, dijo don Ulises dándole nombre a esa viñeta que contemplaban los artistas, el empresario poeta, los soldados y las bestias, e indicó con la mano que la *troupe* no se detuviera ante la belleza mortecina de los jinetes y caballos copulando en su miasma verdosa.

JIRAFa MUERTA CUSTODIADA POR DOS ANGELITOS. Durante ese trayecto los viajeros tenían un convencimiento compartido: los cadáveres de más de dos días son poco olvidables. Espantan la disciplina militar. Los soldados evitaban arrojar algunos a los costados del camino, como ordenaba el capitán Valencia. Y la caravana pasaba sobre ellos, hundiéndolos en el pantano. Una sombra pegajosa, un vaho con sabor a náusea salían de los intestinos de los cadáveres. El aire y el cielo se detenían en ese vaho. La tierra se sofocaba en ese vapor que lo engullía todo.

Lucrecia, la jirafa, agonizaba en las alturas. El vaho, la lentitud de la tierra, el festín malsano de la muerte. Su larga nuca se balanceaba como una serpiente coronada con un breve sombrero con orejas. La jirafa, en su estupor de agonía, se negaba a mover la cabeza para evitar los embates de las ramas de los árboles. Un árbol frondoso, despiadado, le arrancó los ojos con sus ramas puntiagudas. Un buitre cogió uno de los ojos. Otro se lo disputó. Dos buitres danzaron con el ojo de la jirafa en el aire.

El animal sin ojos ya no sufría; se dejaba llevar por el éxtasis de la agonía, las cuencas mustias y rojas. Varios soldados subieron a auxiliarlo, pero el cuello sin firmeza cayó sobre uno de los costados del camino. En su caída la jirafa arrastró al camión y a sus salvadores. Ningún contuso. El animal agonizó un instante sobre el lodo, todavía atrapado en su jaula y con el carro volcado sobre su vientre.

La muerte de la jirafa suscitó un dolor profundo entre los viajeros. Las mujeres, precedidas por Sarah, suplicaron un entierro honorable para Lucrecia. Don Ulises, propietario y vocinglero del circo, gritó que él se declaraba disidente de la compasión general; por él, que se fermentara con los jinetes del Apocalipsis; se lo tenía ganado, por inútil; un animal viejo es la plaga, la peste pura, la mala estrella de los circos. Y si no, vean cómo volcó el carro esa desgraciada; ella tranquilita en su muerte, y

nosotros en cambio reparando daños de difunta. Sarah lloró. Hubo un consentimiento general. Por cortesía, lo simple: descargar la jirafa de su jaula y levantar el carro.

La jirafa se entierra aquí, consintieron los artistas y la tropa armada, cuando Berta la Oscura señaló una gran explanada junto al camino.

Por caridad, hubo consenso en que la jirafa huérfana no debería asistir al entierro de su madre muerta. Las jaulas de las crías, la jirafa y los dos chimpancés, fueron apartadas de la escena fúnebre para no contemplar a una de sus pares arrojada por la desgracia en un camino húmedo y sucio.

Y luego, un entierro como corresponde a cada uno de los mortales: una cruz, unas flores, algunas lágrimas. La novedad fueron dos angelitos sietemesinos y difuntos que mi capitán Valencia encontró en el camino. Los trajo y los puso junto a la tumba. Dorotea gritó que le faltaban las alas; ella tenía un par. Corrió a su “apartamento” y trajo dos imitaciones de alas de seda y alambre. Y todavía con lágrimas activas, dejadas por la jirafa y esos pobres muchachitos muertos, los viajeros colaboraron un poco para transformar esos niños sucios en ángeles. Un poco tiesos, dijo Ulises. No tanto, respondió el capitán Valencia, haciendo crujir un brazo del ángel terco.

Sarah cantó para aquella tarde:

*Que se duerma
el lucero de la mañana*

*Que se duerma
el lucero de la mañana*

*Calló Lola romero y mejorana
Que halló Lola romero y mejorana*

*Mi niño no tiene a nadie
de tierna cuna.*

*Los brazos de su madre,
le han hecho una.*

*A la nana nanita, nanita eaaa,
Tu cara tan bonita*

*Bendita sea
Bendita sea*

*Un gusanito de seda en los rosales,
con la nanita eaaa le hacen pañales,
le hacen pañales*

Las pompas fúnebres retrasaron la marcha aquel día. Ulises gritó con el megáfono que dormirían allí junto a la tumba de la jirafa y los ángeles custodios. La noche se desplomó de súbito; apenas hubo tiempo para encender tres fogatas. A lo lejos, riéndose e insultándose, estaban los soldados (doce en total). Leopoldo, lugarteniente de las tropas, los vigilaba. El capitán Valencia dejaba mandar a Leopoldo. Después de todo no era sino un siervo, un mestizo, más indio que negro, sin galones ni insignia. “Un mercenario sin pedigrí militar”, dijo sobre Leopoldo un escritorzuelo, con ínfulas de provocador, desde la Gran Prensa de la Capital. Algún día mi general Mendieta le mandaría una guirnalda fúnebre para adornar semejante flor sin perfume de las castas.

Mire, capitán Valencia –le dijo una vez en Palacio el general Mendieta al subalterno–, llévase a Leopoldo mientras la prensa lo olvida; pongámoslo en la misión de custodiarlo a usted; Leopoldo es bruto, pero leal. Medio indio medio negro, pero de confiar.

Leopoldo lanzaba de vez en vez un tiro al aire, para que no se le entumecieran los dedos por la inactividad. Las fogatas apenas daban lumbre. En una de las fogatas, las mujeres del circo conversaban sin aspavientos. Más allá, en una fogata animada por los maderos robustos y los chistes de los artistas, don Ulises daba instrucciones a los diez hombres del circo.

Los animales supervivientes, la jirafa huérfana y tres monos, en sus respectivas jaulas, husmeaban la noche, indiferentes a las fogatas y a la tumba. Los cuatro caballos del circo pastaban no lejos de las fogatas.

Al amanecer, los despertó el olor de Santa María de las Flores.